



VIII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2006

CATEGORÍA ADULTO: Primer Premio

Relato premiado: “*Los abuelos*”.

Autor / a: Amaya Zueco Arreche. Tarazona (Zaragoza).

LOS ABUELOS

Cuando iba de vacaciones al pueblo, el abuelo me decía:

- Pequeña, vamos a echar un chaparrazo de vino a la bodega.

Y nos íbamos los dos a la solana, donde estaban las bodegas y los corrales. Yo siempre me adelantaba porque me gustaba mirar por el ojo de la cerradura para ver qué pasaba allí dentro cuando no había nadie. Cuando llegaba el abuelo retiraba una piedra suelta de la pared, y sacaba una llave muy grande. La primera vez que la vi pensé que así tenían que ser las de los castillos. Encima de uno de los toneles había un vaso que tenía un color rojizo, porque como en la bodega no había agua el vaso se aclaraba con un poco de vino; después se echaba al suelo, que era de tierra. El abuelo hacía toc toc en los toneles y me decía:

- Hoy vamos a probar de éste.

- Hoy vamos a probar de aquel.

A mí el que más me gustaba era uno muy dulce de color marrón claro, aunque le decía que estaban todos muy buenos porque él se reía mucho y entonces se le veían los huecos de los dientes que le faltaban. Parecía un pirata, pero un pirata bueno. La bodega era oscura y fresca y se estaba muy bien cuando hacía calor, a mí muchas veces cuando entraba se me ponía la carne de gallina. En el techo había unas telarañas muy grandes y cuando las miraba me recordaban a la red que les ponen a los trapecistas en el circo. La bodega olía a madera, vino y tierra.

Cuando llegaba algún coche al pueblo, los niños nos poníamos alrededor para ver quién venía. Los coches tenían un morro y unos focos muy grandes, casi todos eran de color negro igual que las ropas de las mujeres. A mí me parecía que todas las mujeres tenían la misma edad. En el pueblo estaban los hombres, las mujeres de la misma edad y los niños. Carmencita era una amiga un poco mayor que yo, ella también vestía de negro. Una mañana le pregunté a la abuela por qué Carmencita vestía de aquella manera y me dijo que era porque sus padres habían muerto y que estaba de luto. Yo no sabía que los niños se pudieran quedar sin padres y me entró mucho miedo, tampoco sabía que las niñas pudieran vestirse de negro.

Cuando terminábamos de comer, la abuela retiraba los platos y los dejaba en el suelo de la cocina, junto con los pucheros en los que había

cocinado; limpiaba el hule y después los abuelos cruzaban los brazos encima de la mesa para apoyar la cabeza y se echaban una siesta. Yo mientras, hasta que se despertaban, salía a la plaza a jugar con una botella vacía de lejía. Le solía hacer un agujero en el tapón con una aguja de hacer calceta, después cogía agua de la fuente y hacía dibujos en el suelo. Al lado de la casa de mi abuela había una tocinera que tenía la parte de debajo de la puerta cerrada pero la de arriba se abría si la empujabas. Siempre había un tocino y yo me acercaba con cuidado y abría la parte de arriba; el tocino se creía que yo era la mujer que le daba de comer, solía poner las patas de delante en la puerta y me miraba y gruñía; entonces yo le echaba agua con la botella por los agujeros de las narices y el tocino estornudaba.

Un día mi primo y yo fuimos con la abuela a la solana y vimos que en la parte de fuera de la bodega había un tonel grande puesto de pie. Mientras la abuela echaba de comer a los animales, Felisín y yo amontonamos piedras para subirnos y ver lo que había dentro del tonel: estaba lleno de agua. Felisín se respingó mucho, mucho y se cayó dentro. A mí me hizo gracia porque de vez en cuando me enseñaba un pie, pero la abuela vino a sacarlo a todo correr y le secó con su delantal. Felisín tosió y vomitó y la abuela le decía: hijo mío, hijo mío y yo dejé de reír.

Si venía el pescatero, el quincallero o el que vendía ropas; el pregonero tocaba una corneta y lo gritaba por todas las calles del pueblo. Una vez fui a casa y la abuela me había comprado un botijo para que trajera agua

de la fuente de Los Ancebillos. El botijo era más pequeño que el de la abuela y no era tripudo, tenía la misma anchura por arriba que por abajo y por el centro se estrechaba, estaba hecho de un barro muy blanco, y yo me puse muy contenta porque era el botijo más pincho de todo el pueblo. Una tarde cuando volvía con mis amigas de la fuente vimos muchos chicos con unos hombres que llegaban andando al pueblo, todos iban con camisa y pantalón marrón claro, pañuelos en el cuello, botas y mochilas. Compraron en la tienda de Julia comida y golosinas. Cuando se iban a ir, los hombres empezaron a tocar unos silbatos, y los chicos se pusieron en fila, después cantaron una canción: era la misma que cantábamos todos los días por la mañana en el pasillo de mi escuela. Cuando terminaron de cantar dieron media vuelta y se marcharon. Después de cenar cuando me senté con los abuelos en el poyo, junto al hogar, les conté lo de los chicos y ellos me dijeron que eran de la OJE y que estaban en el Campamento del Moncayo.

El abuelo por las noches me cantaba canciones y me contaba cuentos y romances.

- Venga, abuelo cuéntame otro – le decía yo.

Recuerdo uno que decía: Torrellas y los Fayos ya se han juntado para comerse un burro desorejado.

-¡Salió el romancero! ¡Vaya cosas que le estas enseñando a la muchacha! -decía la abuela.

- Calla y no seas picuda ¿ no ves que a ella le gusta?.

- Lo que es menester es que no aprenda esas tontadas.

- Pequeñica y redondica como el grano la cebada lo que tienes de pequeña lo tienes de resalada -le contestaba el abuelo para chincharla.

Solía acompañar a la abuela a lavar al lavadero y una vez ví a una mujer que llevaba entre la ropa unos paños manchados de sangre, yo me los quedé mirando. A la abuela se le escapó el jabón de trozo de las manos y casi se le cae al agua, me dijo varias veces que lavara los pañuelos y las servilletas, la mujer se fue con su ropa a la otra esquina del lavadero. Yo le quería preguntar a la abuela pero no sé por qué no me atrevía a hacerlo.

En la puerta de la casa de la abuela había un sentón muy grande, la casa estaba junto a la iglesia. Las noches de verano nos juntábamos los niños y los mayores de la plaza .Un hombre me dijo que me había sentado en un gallinazo, yo no sabía que era eso hasta que un niño del pueblo me dijo que era una cagada de gallina. Salí disparada y el hombre me quitó mi sitio, todos se rieron mucho menos yo que me tuve que sentar en el suelo. A veces jugábamos a acertar una persona del pueblo que uno se había pensado, también valía que estuvieran viviendo fuera, en Zaragoza, Barcelona, Bilbao, pero que la familia fuera del pueblo ¿Qué es hombre o mujer? ¿Vive en el juego pelota?, ¿en la costanilla?, ¿en la plaza? ¿Está casado?, ¿cuantos hijos tiene? Una vez tocó acertar a mi padre.

Cuando estaba con ellos, la abuela dormía conmigo porque decía que tenía miedo de que me cayera de la cama. La cama era de hierro y muy

alta, yo para acostarme siempre tenía que subirme primero a una silla que había junto a la mesilla. Ella, hasta que bajaba a la habitación siempre me dejaba la luz encendida y yo me tumbaba boca arriba y ponía los ojos entreabiertos mirando la bombilla y así, si los cerraba más o menos, la luz se encogía o se estiraba. También me gustaba mirar los maderos del techo porque uno de los nudos tenía cara de perro; otro tenía una grieta muy gorda; otro panza; y así los revisaba todos hasta que me entraba mucho sueño. Cuando la abuela venía, primero se descalzaba, después se quitaba las medias gordas negras y le salían unas piernas muy blancas, después se sacaba el vestido, y dentro llevaba otro corto y de color blanco de algodón, siempre antes de entrar en la cama se rascaba la espalda. Dentro de la mesilla guardaba unos zapatos negros de tacón que debían de ser los de su boda, yo nunca la veía con zapatos, siempre llevaba alpargatas. Un día me puse mala y la abuela fue a buscar un termómetro a casa de una vecina. Vino el practicante, que también era el barbero, y me puso una inyección y aquel día supe para qué servía un mueble que había en un rincón de la habitación y que tenía un barreño, una jarra, un balde y una toalla blanca de algodón con puntillas. Por las mañanas cuando me despertaba a veces no sabía en qué casa estaba hasta que oía algún carro, la campana de la iglesia o alguna caballería que iba a beber al pilón de la plaza. La abuela madrugaba mucho para ir a la solana a arreglar a los bichos. Antes de irse me dejaba un barreño de agua en el suelo de la cocina con un trozo de jabón y una toalla encima

de una silla. Yo me lavaba y cuando volvía la abuela, tiraba el agua por la ventana de la cocina para que se refrescara la calle. Una vez que vino mi hermana y estábamos solas, nos levantamos, nos lavamos y dijo mi hermana que a ver qué hacíamos con el agua, le dije que tirarla por la ventana.

Así que yo sujeté la cuerda de la persiana para que no se bajara y ella, que era mayor, cogió el barreño y tiró todo el agua. Oímos la voz de una mujer que gritó: - ¡Me cagüen la pichorra!

Ese día tardamos mucho en salir a jugar a la plaza.

Los domingos, para ir a la iglesia, me ponía calcetines blancos, chaqueta y una mantilla pequeña con un alfiler que tenía una cabeza gorda blanca. Yo miraba el confesionario que era de una madera muy oscura, igual era negro. El confesionario tenía una cortina morada dentro de un ventanuco. Cuando lo miraba me entraba un cosquilleo por la garganta y el pecho y me parecía como cuando sueñas que te vas a caer y el estómago se sube a la garganta. En un lado de la iglesia había una Virgen muy guapa con un manto azul. Tenía los ojos como los de Carmencita. En los cuadros del altar había una culebra, calaveras, lanzas, lenguas y hombres y mujeres que miraban con los ojos muy redondos hacia arriba. Las personas que estaban pintadas en los cuadros de la iglesia unas me parecían muy buenas y me daban mucha pena y otras muy malas y me daban mucho miedo. Las mujeres del pueblo cantaban en la iglesia pero como llorando. Los domingos en misa nos sentábamos en los bancos de delante primero

los niños, después las mujeres y atrás del todo los hombres. Yo nunca entendía lo que decía el cura, porque a veces hablaba en raro, lo único que me gustaba de la misa era cuando salía mi primo que era monaguillo y tenía que tocar la campanilla y se arrodillaba sólo con una rodilla. También me gustaba cuando por las tardes rezaban el rosario y repetían las mismas oraciones, pero sobre todo cuando decían ruega por nosotros, ruega por nosotros, ruega por nosotros y así muchas veces.

Una tarde mi primo, el monaguillo, me dijo que le acompañara a casa del cura porque le tenía que dar un recado. El cura tenía frigorífico y cuando nos íbamos, la casera sacó de él una bandeja con cuadraditos, como si fuera una tableta de chocolate, y nos dio un helado que lo agarramos con un palillo, el helado sabía a agua con limón azucarada.

Por la tarde, solía acompañar a la abuela, cuando ya no hacía mucho calor, a echarles a los bichos a la solana. Se colocaba un caldero lleno de agua en la cabeza, en una mano llevaba una lata con pienso, en la otra un balde con comida para los tocinos. Yo llevaba una lata vacía para coger los huevos. Las gallinas no me gustaban nada, si alguna se me cruzaba le daba una patada porque me reía un montón cuando casi volaban y hacían parra pa pa pa pa; a los tocinos no les quería nada de nada; los conejos aún me hacían algo de gracia. Cuando la abuela tenía que matar algún conejo, les atizaba con las tenazas de la lumbre en el cogote y entonces se estiraban y temblaban un rato, después les colgaba de una pata y les quitaba el abrigo hasta que se quedaban en calcetines.

La abuela los abría de arriba abajo y me iba enseñando lo que iba sacando, esto son los hígados, esto los riñoncicos, y así todo. Cuando me lo comía decía esto es una pata, el abuelo está chupando la cabeza y jugaba a acertar lo que iba saliendo del puchero. A quien sí quería era a la cabra, a veces la abuela me dejaba muirla, y la leche salía calentita. La cabra tuvo un cabrito y yo me comí los calostros con azúcar, que estaban muy buenos. Con el cabrito estuve jugando unos días, me gustaba tocarle los pendienteillos que tenía en el cuello. Un día entré con la abuela en el corral y me fui corriendo donde jugaba con el cabrito pero ya no estaba, en el ventanuco había dos billetes marrones de cien pesetas y enseguida supe lo que había pasado. Me puse a llorar mirando hacia abajo y muy bajito para que no se me notara, pero la abuela me dijo:

- Anda, anda que no se llora por un cabrito, vamos a ver si hay en el nido algún pajarico, aunque no va ser más que para pleitear con tu abuelo.

Las golondrinas solían hacer nido en el corral y a mí me gustaba coger las crías recién nacidas, sobre todo las que tenían los ojos muy gordos y todavía no les habían salido las plumas. Me las llevaba a casa para darles de comer pan mojado: no me duraban ni dos días. El abuelo se enfadaba mucho y me decía que era pecado porque las golondrinas le habían quitado las espinas de la corona a Jesucristo, y que nos iba a pasar algo malo, la abuela le decía:

-Qué espinas ni que espinas, no ves que le gusta jugar con ellos a la muchacha.

Algunas veces a la abuela y a mí se nos hacía tarde en el corral porque cuando terminábamos de echarles a los bichos, nos sentábamos en el sentón de fuera y nos contábamos cosas. Un día la abuela me preguntó cómo era el mar. Yo le dije que era igual que el cielo pero en vez de tener aire, tenía agua, y que a veces estaba muy quieto y otras veces se meneaba mucho, y se formaban montañas de agua que se llamaban olas y que tenían mucha fuerza y salía espuma como cuando echábamos gaseosa al vaso. Ella me contaba que cuando terminaba la cosecha subía todo el pueblo con las caballerías en romería al Moncayo para dar gracias a la Virgen. Me hablaba de la fuente del Sacristán, la de Los Tres Caños y la fuente de San Gaudioso; también, que subían cosas muy buenas para comer, y cuando terminaban de comer cogían chordón. Yo a todo le decía que sí pero no entendía nada porque nunca había subido al Moncayo. Me parecía una montaña como las que dibujaba encima de las casitas en mis cuadernos. Entonces no sabía que El Moncayo no sólo es lo que se ve de lejos sino que también tenía caminos, árboles, fuentes y que las personas y los animales podían andar por él sin caerse encima del pueblo.

El abuelo tenía un burro blanco que se llamaba platero y una burra negra que se llamaba morena. Un domingo vinieron mis padres y mis hermanos, el abuelo y yo bajamos con los burros a buscarlos al empalme para subir las maletas. Al día siguiente por la tarde mi hermana, el abuelo y yo fuimos al huerto; el abuelo abrió la tajadera de la acequia para regar y

empezó a salir mucha agua, él con la azada preparaba caminos y la llevaba de un sitio a otro para regar todas las plantas. Mi hermana decía que tenía sueño y que se aburría, entonces el abuelo le dijo que conocía unas hierbas que quitaban el sueño, que las cogiera y que se restregara con ellas, él le señaló unas ortigas y mi hermana las cogió y pronto las soltó escarmentada. Mi abuelo y yo nos reímos mucho.

Mi padre venía al pueblo cuando le daban las vacaciones y entonces le ayudaba al abuelo a segar. Primero se ponían el delantal de cuero, afilaban la hoz con una piedra y después se colocaban la zoqueta de madera en la mano para no cortarse. Cada uno iba haciendo sus montones de trigo hasta que entre los dos rapaban el campo. Mi hermano, que era más pequeño que yo, me acompañó una mañana para llevarles el almuerzo y a la vuelta mi padre le montó a él en el Platero. Mi abuelo siempre me montaba en ese burro. Me enfadé y le tiré una piedra a Platero. El pobre bicho se espantó y tiró a mi hermano al suelo, porque mi hermano era tonto y no sabía que tenía que agarrarse al cincho que sujeta la manta. Ese día me riñeron mucho. Cuando estaban mis padres y mis hermanos no era lo mismo, a mí me gustaba estar sola con los abuelos. Sabía que quedaba poco verano porque, cuando salía por las noches a la plaza, mi madre me hacía poner la chaqueta y yo barruntaba el regreso a casa y a la escuela.

Ojalá nunca hubiera crecido. Ahora cuando voy al pueblo, aunque las mujeres ya no vistan de negro y el pueblo está precioso con sus calles

arregladas y las hortensias adornando los rincones; yo hecho mucho de menos los chaparrazos de vino con el abuelo y las charradicas en la solana con la abuela.